

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.

Ochenta años de transformaciones institucionales y de reflexiones sobre la relación entre universidad, sociedad y cultura (1945-2025)

Camille Gapenne

Centro de Estudios Interdisciplinarios
Uruguayos, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República

Resumen: El presente artículo, con motivo de los ochenta años de la creación de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, propone un recorrido sintético de su historia, desde los proyectos formulados en las primeras décadas del siglo XX hasta sus evoluciones más recientes. Además del propósito conmemorativo, se enfatizan algunos debates que se plasmaron en las importantes transformaciones institucionales de este centro de estudios. Se evocan en particular las hondas —e irresueltas— discusiones sobre los modos y los fines de la investigación y de la producción de conocimiento científico, en pos de su contribución al desarrollo social y cultural del país.

Los aniversarios decenales siempre resultan ser momentos propicios para el recuerdo, la conmemoración y la producción de nuevos conocimientos. En el ámbito académico, se manifiestan esencialmente mediante jornadas, congresos y publicaciones de dossiers y libros. Reflejan asimismo el espacio que va adquiriendo —o perdiendo— un asunto o un evento en la memoria colectiva y en la agenda pública. De hecho, además del clásico trabajo de Blanca París y Juan Oddone sobre la historia de la Universidad de la República (2010), el trabajo más desarrollado sobre la historia de la Facultad de Humanidades y Ciencias (FHC, hasta 1990) —y constituye la materia prima de esta reseña sintética— fue publicado con motivo del medio siglo de la creación de este centro de estudio (París de Oddone, 1995).¹ Dos décadas después, otra publicación respondió a la labor conmemorativa, aunque se interesara en la historia de la Facultad de Humanidades y Ciencias solo de manera puntual (FHCE, 2015). Este año, otra vez, se celebró un nuevo aniversario decenal de esta Facultad: jornadas, reseñas sobre las distintas unidades académicas y personalidades claves de su desarrollo institucional, y publicaciones como el presente artículo.

¿Por qué hacer, otra vez, el recorrido de los ochenta años de existencia de la Facultad de Humanidades? Más allá de dar cuenta de la construcción institucional de un centro universitario, la historia de la FHCE abre posibilidades de pensar la sociedad y la cultura uruguayas, que evocaremos aquí muy brevemente. Su creación en 1945 es el desenlace de décadas de debates y propuestas que quedaron en la etapa de proyectos. Respondía a una concepción de la educación universitaria que se oponía al perfil profesionalista que caracterizó a la Universidad de la República desde sus inicios. Si bien fue encontrando defensores entre los académicos y los políticos, la definición de su funcionamiento y fines fue objeto de hondos debates que revelan la ausencia de consenso. Dichos debates, de hecho, no acabaron con la creación de la Facultad: a pesar de la fuerte impronta de Carlos Vaz Ferreira (1873-1958), siguió siendo un espacio donde se plasmaron las desavenencias y reflexiones sobre el lugar de la investigación, el papel de la universidad en la cultura y la sociedad, el cómo y el por qué producir conocimiento científico. Una manifestación de esas discusiones son las profundas transformaciones de la facultad a lo largo de los años. La continua incorporación de nuevas disciplinas, cátedras y departamentos acompañó la estructuración de nuevos campos del saber científico y humanístico. La emergencia y el afianzamiento de la ciencia de la educación revela además el compromiso de la Facultad con el conjunto del sistema educativo. Más importante, la facultad estuvo muchas veces en el centro de reflexiones e iniciativas relativas a la evolución de la universidad. Ya en los sesenta, el rector Óscar Maggiolo proyectó una ambiciosa labor de cambio y modernización de las ciencias y de la investigación. En dictadura, se implementaron significativos cambios estructurales y curriculares que

¹ Este trabajo colectivo reúne textos de Rodolfo Porrini, Vania Markarian, Ariadna Islas y Clara Aldrighi.

dejan vislumbrar el proyecto ideológico del gobierno autoritario. Pocos años después, se resolvió la escisión de las ciencias y las humanidades. Reseñar la historia de la FHC, aquí presentada de manera muy sintética, es reseñar entonces una historia intelectual, social, cultural y política del pasado reciente del país.

Antecedentes (1914-1945)

El proceso de gestación y fundación de la facultad está estrechamente relacionada con la figura de Carlos Vaz Ferreira, intelectual que se desempeñó sobre todo en el campo de la filosofía, pero cuya vastísima obra revela intereses múltiples, de aportes en numerosas disciplinas y de una participación clave en las discusiones de la época sobre la pedagogía y el funcionamiento de los entes de enseñanza (Ardao, 1961; Acosta, 2009; Andreoli, 2012; Caetano, 2013). En particular, defendió durante toda su actuación universitaria el principio de autonomía universitaria, el desarrollo de la investigación y el compromiso de la universidad con la producción de conocimiento y de cultura. Integró la universidad en 1895 como profesor de Filosofía de la sección de Preparatorios, y tuvo luego una destacada trayectoria en esta institución: decano de Preparatorios, maestro de Conferencias, profesor de Filosofía del Derecho, rector en dos ocasiones (1929-1930 y 1935-1941), director y luego decano de la FHC, hasta su fallecimiento en 1958.²

Los debates sobre la necesidad de una institución educativa encargada de los estudios superiores en el campo de las humanidades y las ciencias se pueden rastrear por lo menos tres décadas antes de la creación de la facultad. Los historiadores Juan A. Oddone y Blanca París toman como punto de partida de este recorrido al año 1914, cuando Vaz Ferreira expuso su proyecto desde la cátedra de conferencias que ocupaba en aquel momento. Recurriendo al tópico de la universidad «mutilada», denunciaba el carácter profesionalista y utilitarista del ente educativo y propugnaba en cambio la creación de una institución dedicada a los estudios *desinteresados*, a la investigación y al estímulo del pensamiento creativo. Conviene recordar aquí que este postulado estaba a tono con las ideas que iban germinando en varios lugares en la región, cuya máxima expresión se ve en los reformistas de Córdoba de 1918 y en los ideales rodonianos expuestos en *Ariel*, obra tan influyente para esta generación.

En los años siguientes se formularon y discutieron varios proyectos, que reflejan las pugnas en torno a la definición y objetivos de esos estudios *superiores*, así como acerca de la autoridad competente para dirigir dicha

² Salvo entre 1949 y 1958, quedó a la cabeza de la facultad desde su creación hasta su muerte.

institución. En 1922 fue José Pedro Segundo quien reivindicó la creación de una Facultad de Filosofía y Letras.³ Tal institución, en su opinión, tenía el doble cometido de creadora de cultura —al «irrigar de hirviendo sangre nutricia la totalidad del organismo universitario y social»⁴— y formadora de una élite dirigente. Para una figura como Dardo Regules, en cambio, dicho centro educativo debía alentar el estudio de la cultura y otorgarle un «sentido filosófico vertebral» a la Universidad. A mediados de la década, a iniciativa del ministro de Instrucción Pública Carlos María Prando, el asunto dejó por primera vez la esfera universitaria para convertirse en proyecto parlamentario. El proyectado Instituto de Cultura preveía cátedras libres para el desarrollo de investigaciones en los distintos campos de las humanidades y las ciencias. En 1927, varios diputados proyectaron la creación de un Instituto de Estudios Superiores, teniendo como particularidad un consejo directivo integrado por representantes del Consejo Nacional de Administración, del Consejo Universitario, de los docentes y de los estudiantes. Durante su primer rectorado (1928-1930), Vaz Ferreira propuso un Instituto de Estudios Superiores, que, pensado como un centro de extensión mediante la organización de conferencias, seminarios y cursos de corta duración, no llegó a ser discutido a nivel parlamentario. Otro proyecto, sin más éxito que los anteriores, fue impulsado en 1937 por los universitarios Eduardo García de Zúñiga y José Carlos Montaner.

En esta coyuntura se afianzaron tanto desde el ámbito político como en el seno de la universidad voces a favor de una institución que no apuntara tanto al fomento de la alta cultura *desinteresada*, sino a la especialización científica y la formación de los docentes de la Enseñanza Secundaria. Este modelo alternativo estructuró el proyecto de Facultad de Filosofía y Letras de Eduardo Víctor Haedo, entonces ministro de Instrucción Pública, y fue también defendido por académicos como los matemáticos Rafael Laguardia y José Luis Massera. El proyecto que fue finalmente aprobado, después de tres décadas de intentos y variadas iniciativas, fue presentado en noviembre de 1943 por Dardo Regules —egresado de la Facultad de Derecho, activo militante estudiantil y destacado defensor de los principios reformistas—, y aprobado por el Parlamento dos años después, el 8 de octubre 1945.⁵ Vaz Ferreira veía entonces la concreción

3 José Pedro Segundo se destacó por su dedicación a la mejora de la educación secundaria, que integró la universidad hasta 1935. Impulsó numerosas iniciativas que apuntaron a elevar la calidad de la enseñanza, desarrollar los estudios humanísticos y a fomentar una enseñanza que fuera factor de libertad y emancipación y no limitada a la utilitaria entrega de títulos.

4 Informe de Segundo sobre la Facultad de Filosofía y Letras, en Regules, D. (1945). Sobre la creación de la Facultad de Humanidades. *Anales de la Universidad*, 155, p. 44, citado Oddone París de Oddone (2010p. 468).

5 Conviene señalar que la fundación de la FHC se enmarca en un período de afán reformista en la Universidad de la República: en 1944 un preproyecto de estatuto le era transmitido al Poder Ejecutivo, e iniciaba un proceso que culminaría en 1958 con la promulgación de la Ley Orgánica.

de su idea de una Facultad de Humanidades, de la que fue su primer director y su decano en dos ocasiones en la década del cincuenta.

Los primeros años (1945-1956)

El perfil institucional, fuertemente marcado por las ideas de Vaz Ferreira, quedó explicitado en el decreto de creación de la FHC.⁶ Su segundo artículo establecía como propósitos centrales «fomentar la especialización y la investigación superiores», «extender la cultura por medio de la divulgación oral o escrita», organizar «cursillos especializados», «conferencias o cursos especiales» y «seminarios sobre asuntos que atañen a la cultura superior», así como fomentar cualquier iniciativa tendiente a acrecentar la «cultura superior de la República». El artículo 6 reforzaba la idea de que el plan de estudios debía comprender exclusivamente «estudios desinteresados», diferenciando la enseñanza de la facultad de aquella impartida en las «Escuelas y Facultades profesionales». Se dirigía tanto a un público curioso, numeroso y sin formación particular como a personas que deseaban especializarse y dedicarse a la investigación, sin definir de antemano sus objetivos y aplicaciones concretas. La nueva institución, por su naturaleza *desinteresada*, no expedía títulos y no buscaba aplicaciones concretas de las enseñanzas impartidas, por lo cual es posible suponer que los primeros estudiantes se vieron atraídos más bien por la apertura de nuevos espacios disciplinarios antes inexistentes a nivel universitario.

Si bien la creación legal de la FHC era un paso esencial, muchos obstáculos y desafíos se presentaron para los primeros integrantes de su Consejo —integrado por Vaz Ferreira, García de Zúñiga, Regules, Segundo, Emilio Oribe, Clemente Estable y Justino Jiménez de Aréchaga—. En primer lugar, el nuevo centro de estudios carecía de local propio, por lo que las primeras clases se dictaron en el Ateneo de Montevideo, en salones de las facultades de Medicina y de Derecho, en el Museo de Historia Natural, e incluso en las casas particulares de sus profesores, sin las infraestructuras ni los materiales pedagógicos necesarios. Al año siguiente, la facultad se instaló en el llamado Hotel Nacional, en la punta de la Ciudad Vieja, ocupando el espacio que la Facultad de Arquitectura había dejado con su traslado a su nuevo edificio en Bulevar Artigas. También estaban ahí alojados la Facultad de Ingeniería, el Servicio Meteorológico Nacional y la Escuela de Industrias Navales de la Universidad del Trabajo del Uruguay (UTU). En esta precaria situación, además, las inscripciones se abrieron sin límites de cupos ni condiciones de ingreso. Cuando los cursos se inauguraron en

6 «El proyecto parlamentario», en FHCE (2016, pp. 8-9).

1946, se registraron 2649 estudiantes inscriptos, entre quienes se estima que alrededor de 800 concurrieron efectivamente a clases.

Si bien la inexistencia de condiciones de ingreso y la apertura de nuevos campos disciplinarios a nivel universitario explica este éxito inmediato —que decayó rápidamente al año siguiente—, el perfil de la nueva facultad fue desde sus inicios fuente de debates y críticas. La ausencia de exámenes y de expedición de títulos al egreso respondía al ideal de Vaz Ferreira de estimular la investigación, la creatividad y el estudio como fines en sí, pero también despertó inquietudes respecto a la salida laboral de los egresados y al carácter *clasista* de la facultad. Pronto se formó una tendencia *planista* que reclamaba una mayor estructuración institucional.

La facultad se había organizado en sus comienzos en torno a cátedras de tres años, y cursos y cursillos. A las seis cátedras superiores que ya existían en la universidad (Ciencias del Lenguaje, Arte y Literatura, Ciencias Físico-Matemáticas, Ciencias Biológicas y Ciencias de la Enseñanza) (París de Oddone, 1995, p 22) se les sumaron cursos libres de Filosofía, Literatura, Historia, Arte y Ciencias Exactas y Naturales, y se crearon ocho nuevas cátedras. No obstante, resultó necesario atender las demandas de la tendencia *planista*, que se tradujeron en 1948 en la inauguración de cursos de licenciaturas en Filosofía, Historia y Letras en la rama de Humanidades, y en Ciencias Biológicas, Matemáticas y Química en la rama de Ciencias, nuevas carreras que coexistieron con las cátedras libres ya existentes.

A pesar de estas medidas, la deserción estudiantil se mantuvo alta: en 1947 apenas algo más de trescientos estudiantes asistían con regularidad a los cursos ofrecidos. El problema de la salida laboral continuó siendo una preocupación central. En sus inicios, además, la Facultad no contempló la formación docente para la enseñanza secundaria, lo cual favoreció la creación del Instituto de Profesores Artigas en 1949 y restringió aún más las posibilidades laborales de sus egresados. En paralelo, se intentó desarrollar la dedicación total como forma de fortalecer la investigación, así como facilitar el acceso del estudiantado a cargos dentro de la propia facultad.

El desarrollo institucional continuó con la creación progresiva de institutos. En 1947 se fundó el Instituto de Historia, dirigido por el argentino Emilio Ravignani.⁷ En 1948 se sumaron los Institutos de Lenguas Clásicas y de Astronomía. Durante la década del cincuenta se produjo una expansión significativa de los centros de investigación. En la rama de Humanidades surgió el Instituto de Filología, con sus

⁷ El cuerpo docente revela una cierta diversidad de origen. Los profesores uruguayos provenían de instituciones tales como el IAVA, la Facultad de Ingeniería, el Instituto de Higiene o el Instituto de Biología. Conviene destacar además la notable presencia de docentes extranjeros, huyendo tanto el peronismo argentino como la guerra y los fascismos europeos. De optó, para la designación de los cargos, por la modalidad del concurso, aunque esto reveló sus límites, ya que frecuentemente no se postulaba nadie. Participaron Emilio Ravignani, José Bergamín, Jorge Romero Brest, Joaquín Torres García...

departamentos de Lingüística y de Literatura Iberoamericana, y luego el Instituto de Filosofía. En el área de Ciencias se instalaron laboratorios y departamentos diversos tales como Genética, Entomología, Psicología, Geografía, Botánica, entre otros.

En este contexto, el Claustro de 1956 constituyó un espacio de debate particularmente significativo. Allí se discutió la finalidad de los cursos ofrecidos, la inserción laboral de los estudiantes, la necesidad de mejorar la calidad de la enseñanza y las herramientas indispensables para promover la investigación. Estas discusiones marcaron el rumbo de una institución que, desde sus orígenes, osciló entre el ideal de la cultura desinteresada y las exigencias prácticas de la sociedad uruguaya.

La Facultad en los largos sesenta

Como resultado de las preocupaciones por la cualidad de las clases impartidas y por la inserción laboral de los egresados, a mediados de 1958 los estudiantes de la FHC protagonizaron una huelga en reclamo de la provisión de cargos docentes mediante concursos de oposición y méritos, así como de la posibilidad de integrarse a la institución como colaboradores honorarios. Ese mismo año, los estudiantes volvieron a movilizarse, esta vez para defender la Ley Orgánica (Markarian, Jung y Wschebor, 2008; Lacruz, 2021). Promulgada en un contexto electoral, la Ley consagró la autonomía universitaria y el cogobierno con participación estudiantil, retomando —aunque con nuevas interpretaciones— los principios surgidos de la Reforma de Córdoba cuarenta años antes (Markarian, 2019). Su elaboración fue el resultado de un largo proceso de negociación en el que se consolidó el reclamo por la autonomía y se profundizó la politización del estudiantado, actor decisivo en el empuje final hacia su aprobación.

A lo largo de esta década, los debates que atravesaron la FHC retomaron preocupaciones ya presentes en el período anterior: la salida laboral de los egresados, la necesidad de mayor estructuración institucional, la articulación entre investigación y enseñanza. Estos asuntos en parte irresueltos, así como el afán transformador que atravesó la universidad, dieron sin embargo lugar a diversas iniciativas y transformaciones significativas.

Además de la creación de nuevas licenciaturas (Geografía, Astronomía, Física), se consolidó la estructura institucional mediante la formación de Departamentos tales como Lengua y Literatura latinas, Musicología, Literatura Uruguaya, o Historia Universal. También se introdujeron carreras con un perfil más profesional, como Traductorado en 1964. Junto con este proceso surgió la cuestión de la definición de criterios de ingreso. En lo que atañe a la inserción laboral de los egresados, también

se discutió la equiparación de los títulos con los del IPA y se insistió en abrir mayores posibilidades de acceso al cuerpo docente. Podemos mencionar finalmente la creación en 1962 de los primeros cargos con dedicación total, con el afán de fomentar la investigación.

La aparición de las primeras señales de crisis económica y el propósito de la Universidad —plasmado en la Ley Orgánica— de ponerse al servicio de la sociedad y de fomentar el conocimiento de la realidad nacional alentaron proyectos de extensión (Bralich, 2006) y nuevas investigaciones en diversos centros de estudio. Sin embargo, para la FHC implicaba cuestionar el ideal de los estudios «desinteresados» y reflexionar acerca de su proyección en la sociedad. Desde el sector Ciencias, se desarrollaron por ejemplo propuestas relacionadas con el sistema productivo. A partir del decanato de Emilio Oribe (1958-1959), se organizaron también misiones en el interior, cursos y conferencias fuera de la Facultad.

La reflexión acerca de la modernización de la universidad para responder a las necesidades del país encontró su máxima expresión en el plan propuesto en 1967 por el rector Óscar Maggiolo. Ese año, la promulgación de una nueva Constitución y la elección de Óscar Gestido como presidente de la República abrían perspectivas de diálogo y un espacio para pensar la reforma de la universidad. Se fueron incorporando las herramientas de planificación implementadas desde el inicio de la década por la Comisión de Inversiones y Desarrollo Económico (CIDE) (D'Avenia, 2014; 2022). Se buscaba entonces un diagnóstico de la situación presente y propuestas para el futuro, a la luz de los requerimientos para el desarrollo nacional.

El proyecto de reforma de Maggiolo apuntaba a una transformación profunda de la estructura de la Universidad, *federación de facultades* que fue mantenida en la Ley Orgánica de 1958 y se consideraba inadecuada para modernizar las ciencias y responder a las necesidades del país. Propuso la conformación de grandes núcleos de departamentos y laboratorios que funcionarían en sinergia. Se preveía ocupar un vasto predio en Malvín Norte, donde se encuentra en la actualidad la Facultad de Ciencias. Se daba la prioridad a las ciencias básicas, «base directa de una adecuada producción e industrialización nacional». Se tomaba entonces distancia con la concepción de Vaz Ferreira de los estudios desinteresados, al afirmar que «la investigación científica pura no es solo un objetivo en sí mismo» (Maggiolo, 2017, p. 14). Además de la reestructuración de las facultades, este desarrollo científico y tecnológico se basaría en becas, contratación de personal extranjero calificado, dedicación total y búsqueda de financiaciones privadas. La concepción de una Universidad al servicio del país, de su desarrollo cultural y económico, llevó también a Maggiolo a sugerir la creación de una Facultad de Educación. Significaba fomentar la investigación en este ámbito, y de este modo participar en la mejora del sistema educativo en su conjunto, buscando soluciones adecuadas a la realidad nacional. Acorde a la concepción de la universidad como ente cultural, y en la línea

de las actividades desarrolladas desde el rectorado de Mario Cassinoni, el plan también incluía tareas de extensión en el interior del país, tales como cursos de verano, que «permite[n] difundir la cultura superior en las clases populares» (Maggiolo, 2017, p. 21) y a la vez entender la realidad del país y sus necesidades. Si bien un proyecto de hogar estudiantil buscaba facilitar el acceso a la universidad para los estudiantes del interior, no se planificó la descentralización de los centros de estudio.

A fines de los años sesenta, la universidad vivió un proceso de politización creciente, alentado por la Revolución Cubana y la intensificación de la Guerra Fría en la región. Las tensiones crecientes con el Ejecutivo y la profundización de la crisis económica repercutieron en la vida universitaria. Los estudiantes eran objeto de una represión cada vez más violenta y sistemática. La falta de presupuesto puso un fin a todos los proyectos modernizadores, y hasta peligró el funcionamiento diario de la universidad. En ese contexto de radicalización política y de creciente antiimperialismo, emergió también con fuerza la discusión sobre el financiamiento de la investigación, especialmente tras la polémica desatada por la revelación del Plan Camelot en 1965 (Markarian, 2020).

Intervención, dictadura y transición (1973-1989)

El último lustro antes del golpe de Estado de 1973 se caracterizó por una creciente conflictividad social y política. La represión ejercida por el gobierno afectó especialmente la Universidad, considerada como un foco de subversión y de injerencia comunista. Este proceso culminó con la intervención de la casa de estudio, decretada el 28 de octubre 1973. Mario Otero, decano de la FHC, fue detenido ese mismo día junto con el rector Samuel Lichtensztejn y la mayoría de los decanos de las otras facultades. A fin de año el nuevo régimen empezó a establecer sumarios contra autoridades universitarias y funcionarios. Con la participación de la Justicia Militar y de la DNII (Dirección Nacional de Información e Inteligencia), se rastreaba por lo general antecedentes políticos o cualquier actuación que pudiera relacionarse con un incentivo a la «sedición» o al «desorden». Otro motivo frecuente de los sumarios fue la negativa a firmar la llamada «declaración de fe democrática», requisito pronto implementado en todas las administraciones públicas. Entre octubre y enero del año siguiente, la FHC permaneció clausurada, y los cursos se reanudaron solo en julio. Se estima que un 40 % del cuerpo docente de la Universidad fue afectado por sumario, destitución o no renovación de cargo, además de numerosos funcionarios. Se fueron

luego tomando diversas medidas con el fin de controlar estrechamente el funcionamiento de la universidad y la actuación de sus integrantes. Esta disminución drástica del equipo docente tuvo como consecuencia la paralización de las actividades de muchos espacios académicos, entre los cuales los Institutos de Ciencias Históricas, de Filosofía y de Literatura Uruguaya.

Se suspendió la Ley Orgánica y las autoridades interventoras ejercieron en los hechos las prerrogativas de los consejos y claustros. Conviene señalar que los nuevos jerarcas muchas veces contaban con una trayectoria académica. De hecho, el rector interventor interino Edmundo Narancio integró el personal docente de la FHC en sus inicios: dictó el curso de Historia Nacional a partir de 1946 y diez años después quedó como director interino del Instituto de Investigaciones Históricas tras el fallecimiento de Emilio Ravignani. Los cinco años de su actuación en este cargo fueron jalonados de tensiones en torno a la legitimidad de su designación y a su postura con respecto a la renovación historiográfica promovida por figuras como José Luis Romero. Fue finalmente apartado de la Dirección del Instituto: la intervención de la universidad constituía entonces una ocasión para implementar sus concepciones sobre el funcionamiento de la Udelar y el contenido de los cursos.

Sin embargo, como ha sido analizado, el régimen de la dictadura no se limitó a medidas represivas y de control (Markarian, 2015). En efecto., se buscó transformar la Universidad acorde con la ideología del gobierno: una «nueva Universidad» despolitizada y subordinada a las autoridades nacionales. La FHC fue uno de los centros de estudio más afectados por esos cambios, lo cual refleja su lugar central para el proyecto de «renovación» social y cultural del país. Ya en 1974, se tomaron varias medidas que cambiaron significativamente la estructura de la Facultad. Desapareció la carrera de Psicología, considerada como un foco de subversión de izquierda cuyo objetivo era la manipulación de las mentes.⁸ El Departamento de Musicología fue transferido a la Escuela Superior de Música, destituyendo el conjunto del personal. En paralelo, fueron creados los Departamentos de Geología, Ecología y Antropología. El año siguiente, es la carrera de Traductorado que pasa a integrar la Facultad de Derecho. En 1976, finalmente, además de la reforma de todos los planes de estudio, se crearon los Departamentos de Ciencias de la Educación y de Oceanografía. Este repaso es interesante por lo menos en dos aspectos. Por un lado, es significativa la amplitud de las transformaciones, así como la velocidad de su implementación. En solo tres años se modificó la estructura curricular de la Facultad así como los planes de estudio, reflejando las concepciones del gobierno sobre la enseñanza, el papel de la Universidad y las necesidades del país. Por otro lado, es posible constatar que los cambios introducidos en dictadura tuvieron un impacto duradero en la estructura de la Universidad, hasta la actualidad. El período de la dictadura no fue entonces un mero paréntesis: integra

8 Se creó la Escuela Universitaria de Psicología en 1978.

la historia del pasado reciente, constituida de rupturas, pero también de evoluciones paulatinas y de continuidades.

A partir del plebiscito de 1980, se inició un período de progresiva reactivación de la vida democrática. Los movimientos sociales tuvieron un rol clave en este proceso, entre los cuales el movimiento estudiantil, que se fue reorganizando en torno a la creación de la Asceep en 1982, la publicación de varias revistas y la Semana del Estudiante de 1983, que terminó por la marcha multitudinaria del Obelisco (Jung, 2010; González Vaillant, 2018). Dos años después, con el fin de la dictadura y de la intervención de la Universidad, volvieron a sus cargos las autoridades universitarias destituidas y muchos docentes alejados en 1973. En la FHC, Mario Otero llegó al decanato y se restablecieron los planes de estudio anteriores al golpe de Estado. A la cabeza de los departamentos fueron reemplazados los titulares anteriores: encontramos figuras de destacadas trayectorias tales como Arturo Ardao, Germán d'Elía, Mario Benedetti, Blanca París, Juan Oddone, José Pedro Barrán y Silvia Lago, entre otros. Dichos departamentos atravesaron pronto un proceso de reorganización en distintas «áreas», mediante cambios de denominaciones y fusiones: Ciencias Históricas, Filosofía, Letras y Lingüística, Ciencias biológicas y Ciencias de la Tierra. Antropología y Ciencias de la Educación, por su parte, fueron mantenidas como departamentos. Conviene señalar también la creación del Centro de Estudios Uruguayos (CEU) y del Centro de Estudios Latinoamericanos (CEL) —que después agregaron «interdisciplinario» en sus siglas—, espacios académicos que tuvieron un papel central en el impulso de las investigaciones sobre el pasado reciente y el terrorismo de Estado.

La Facultad de Humanidades y Ciencias (de la Educación)⁹

A finales de los ochenta, se impulsó una transformación profunda de la estructura institucional, que afectó en primer lugar a la FHC. Ya en 1987, se empezó a discutir en el Consejo Directivo Central la posibilidad de crear una Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, mientras un grupo de trabajo preconizaba la fundación de un nuevo centro de estudio dedicado a las ciencias sociales. Dicha Facultad fue creada en 1989, iniciando sus actividades en 1992. En 1990, tras hondos debates, se resolvió escindir la FHC. Por un lado, se creó la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FHCE). Se mantuvieron ahí las carreras de Historia, Filosofía, Letras, Lingüística, Antropología y Educación, cuyos propósitos fueron redefinidos en pos de una mayor profesionalización. La FHCE dejó el edificio de Tristán Narvaja (actual Facultad de Psicología) y fue trasladada a pocas cuadras, en el local que sigue ocupando hoy en día. Por otro lado, la Facultad de Ciencias fue instituida en torno a las ciencias exactas, tales como matemática, física, bioquímica, biología, geociencias e investigaciones nucleares. Gracias a fondos externos, se empezó en 1992 la construcción del edificio de la Facultad de Ciencias en Malvín Norte, donde el rector Maggiolo había proyectado ya a fines de los sesenta un importante centro universitario dedicado a las ciencias. Los posgrados del Programa de Ciencias Básicas (Pediciba) dieron un impulso significativo a esos campos del saber, mientras las disciplinas sociales y humanísticas no contaban con tal sistema de posgrados (Ganón, 2022).

Entre las primeras iniciativas implementadas en la nueva FHCE, podemos mencionar la creación en 1991 de la Sección de Lenguas Extranjeras Modernas (convertida en Centro de Lenguas Extranjeras, Celex en el 2000) y, en los años siguientes, del Centro de Estudios Interdisciplinarios Migratorios (Ceinmi) y del Centro de Estudios Gallegos (CEGAL). A finales de los noventa, se empezaron a desarrollar los estudios en turismo, coincidiendo con los inicios de la descentralización institucional (Noboa, 2009; Stuhldreher, 2013). Los primeros cursos fueron impartidos en la ciudad de Fray Bentos, sumándose luego Colonia y Maldonado. En 2005 se creó en Salto una licenciatura binacional, enmarcada en un convenio con la Universidad Nacional de Entre Ríos. Más recientemente, se fue conformando un Área de Estudios Turísticos que desarrolla sus actividades en los centros universitarios de Salto y Maldonado. En los años 2010 se afianzó el proceso de diversificación de la oferta curricular, asociado con la promoción de formaciones cortas y con el desarrollo de las actividades de la facultad fuera de la capital. Se crearon varias tecnicaturas —carreras de dos años— como Corrección de Estilo (2008), Dramaturgia (2013) o Bienes Culturales (2014), con cursos impartidos

⁹ Este último apartado se recoge en primer lugar informaciones contenidas en la página institucional de la FHCE: <https://fhce.edu.uy/>

en Paysandú y Tacuarembó. En simultáneo, se propusieron diplomas como el de Educación Rural (2013) en Tacuarembó o la Especialización en Enseñanza de Lenguas (2015). Conviene resaltar, por último, la multiplicación de los acuerdos y convenios con instituciones de diversa índole, entre los cuales encontramos universidades extranjeras (Universidad Nacional de Entre Ríos, Universidad Nacional de Quilmes), entes públicos (ANEP, IM) y otras facultades de la universidad. Así, por ejemplo, es posible destacar la Maestría de Historia Política, coordinada entre la FHCE, el Archivo General de la Universidad (AGU) y la FCS. Funciona también en el seno de la Facultad una cátedra Unesco para la «educación de personas jóvenes y adultas».

En la actualidad, la FHCE propone ocho licenciaturas, tres maestrías con múltiples opciones y seis doctorados, además de las tecnicaturas y diplomas ya mencionados. Las actividades de enseñanza e investigación, además de la sede principal en Montevideo, se desarrollan en seis departamentos del país (Maldonado, Rocha, Salto, Paysandú, Tacuarembó y Rivera). Al conjunto de las áreas que integran la Facultad se le sumó en 2018 el Área de Estudios Sordos. Dichas áreas fueron de hecho reestructuradas en unidades académicas, definidas según el reglamento de 2022 como «unidades estructurales que se organizan en función de uno o más campos de conocimiento, una o varias disciplinas afines, o con carácter inter o multidisciplinario en torno a un tema» (Dirección General de Jurídica [DGJ], 2022). La facultad se estructura institucionalmente en torno a las siguientes unidades académicas: los institutos de Antropología, de Educación, de Filosofía, de Historia, de Letras y de Lingüística; el Centro de Lenguas Extranjeras; el Área de Estudios Sordos, el Área de Estudios Turísticos y el Área de Estudios Interdisciplinarios.»

A modo de conclusión

Este sucinto recorrido por las ocho décadas de existencia de la actual Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación nos permitió dar cuenta de las grandes transformaciones que fueron impactando el funcionamiento y los fines de este centro de estudio. Más importante aún, estos cambios se pueden entender como manifestaciones de las discusiones que, a lo largo del siglo XX, apuntaron a definir el papel de la universidad y del conocimiento científico y humanístico para la cultura y la sociedad. Como hemos visto, esas discusiones nunca permitieron la formación de un consenso duradero y siempre fueron cambiantes sus términos y parámetros.

Con todo, es posible destacar que la facultad fue evolucionando y adaptándose a las coyunturas políticas y las transformaciones sociales: desarrollo de la investigación, conformación de nuevos campos del saber, diversificación curricular, creación de carreras más cortas y profesionalizantes, multiplicación de los acuerdos y convenios, descentralización institucional. Si bien los ideales de Vaz Ferreira parecen hoy en día lejanos, se logró en buena medida responder a los distintos desafíos que enfrentó el centro de estudio a lo largo de su historia.

Bibliografía

- Acosta, Y. (2009). El pensar radical de Vaz Ferreira y el discernimiento de los problemas sociales. *Revista de Filosofía*, 27(62).
- Andreoli, M. A. (Comp.) (2012). *Ensayos sobre Vaz Ferreira*. Montevideo: FHCE, Universidad de la República.
- Ardao, A. (1961). *Introducción a Vaz Ferreira*. Montevideo: Barreiro y Ramos.
- Bralich, J. (2006). *La extensión universitaria en el Uruguay: antecedentes y desarrollo en la Universidad de la República desde sus inicios hasta 1996*. Montevideo: CSEAM, Universidad de la República.
- Caetano, G. (2013). Filosofía y política en Uruguay. Carlos Vaz Ferreira y la promoción del «republicanismo liberal». *Prismas*, 17, 89-114.
- D'Avenia, L. (2014). Desarrollismo y educación en Uruguay en los 60. Aproximación a la producción de conocimiento sobre educación y a la agenda de la política educativa de la CIDE. *Contemporánea*, 5, 147-166.
- D'Avenia, L. (2022). Ciencias sociales y modernización universitaria. La introducción del planeamiento universitario en la Universidad de la República en Uruguay en la década de 1960. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*.
- Dirección General de Jurídica (DGJ) (2022). *Reglamento de las unidades académicas de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación*. Montevideo: Universidad de la República [mimeo]. Recuperado de <https://fhce.edu.uy/wp-content/uploads/2024/04/Reglamento-517.pdf>
- Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (2016). *70 años: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación*. Montevideo: FHCE, Universidad de la República.
- Ganón, V. (2022). *Pedeciba. Los orígenes de una revolución científica y cultural en el Uruguay posdictadura (1985-1990)*. Montevideo: Mastergraf.
- González Vaillant, G. (2018). Entre los intersticios de la democracia: las revistas estudiantiles, la universidad uruguaya en transición y las pujas políticas por los significados de la democracia. *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, 22(2), 73-102.
- Jung, M. E. (2010). La reorganización del movimiento estudiantil y la restauración democrática en la Udelar. 1980-1983. *Encuentros Uruguayos*, 4(4).
- Lacruz, C. (2021). Hacia el Palacio Legislativo: Las manifestaciones estudiantiles de 1958. En G. González Vaillant y V. Markarian (Coords.), *El río y las olas: Cuatro ciclos de protesta estudiantil en Uruguay* (pp. 25-54). Montevideo: AGU, Universidad de la República.
- Maggiolo, Ó. (2017 [1967]). *Plan de reestructuración de la Universidad*. Montevideo: Universidad de la República.
- Markarian, V. (2015). La Universidad intervenida. Cambios y permanencias de la educación superior uruguaya durante la última dictadura (1973-1984). *Cuadernos Chilenos de Historia de la Educación*, 4, 121-152.
- Markarian, V. (2019). Córdoba en boca de los universitarios uruguayos (algunos de sus cambiantes significados entre los años cincuenta y sesenta del siglo XX). *Avances del Cesor*, XVI(20), 129-146.
- Markarian, V. (2020). *Universidad, revolución y dólares. Dos estudios sobre la Guerra Fría cultura en el Uruguay de los sesenta*. Montevideo: Penguin Random House.

- Markarian, V., Jung, M. E., y Wschebor, I. (2008). 1958. *El cogobierno autonómico*. Montevideo: AGU, Universidad de la República.
- Noboa, A. (2009). *Pensar lo Regional*. Salto: Universidad de la República.
- Oddone, J., y París de Oddone, B. (2010). *Historia de la Universidad de la República* (Tomo II. La Universidad del militarismo a la crisis 1885-1958). Montevideo: Universidad de la República.
- París de Oddone, B. (Ed.) (1995). *Historia y memoria: Medio siglo de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 1945-1995*. Montevideo: FHCE, Universidad de la República.
- Stuhldreher, A. (2013). *Presencia Universitaria en el interior: 25 años de la creación de la casa de la Universidad de Tacuarembó*. Montevideo: CCI, Universidad de la República.
- Rico, Á. (Coord.) (2008). *Investigación histórica sobre la dictadura y el terrorismo de Estado en el Uruguay, 1973-1985* (3 vols.). Montevideo: Universidad de la República.
- Universidad de la República (2024). *Indicios: breve Historia de la Universidad*. Montevideo: Universidad de la República.